

Disturbios en Moldavia: ¿Una revolución de “nueva generación”?

Jos Boonstra

>> Los disturbios estallaron en la capital moldava, Chisinau, después de que las elecciones parlamentarias, celebradas el domingo 5 de abril, otorgaran la victoria a los comunistas por tercera vez consecutiva. Todavía está por verse si los disturbios se transformarán en mayores protestas pacíficas o si el país volverá a la normalidad. La oposición se ha desligado de los grupos radicales de alborotadores y atribuye los disturbios a lo que consideran unos resultados electorales ilegítimos. El fraude electoral fue generalizado, pero esta reacción fue sorpresiva.

Las instituciones occidentales y Rusia vienen apoyando con cautela a los comunistas por el bien de la estabilidad. Pero los acontecimientos de las últimas semanas relacionados con Transnistria han complicado las cosas. La nueva declaración firmada en Moscú por el Presidente Vladimir Voronin y el líder transnistrio Igor Smirnov ha desencadenado reacciones de la juventud nacionalista-patriótica, muchos de los cuales son pro-rumanos y pro-europeos. Si bien el conflicto transnistrio no tiene raíces étnicas, Moldavia está cada vez más dividida entre aquellos que se sienten ligados a Rumanía y desean un futuro europeo para el país, y las minorías rusas y ucranianas que se inclinan hacia el “mundo ruso”. Sin embargo, el mayor contraste se encuentra entre la vieja generación de moldavos pro-comunistas y sus (hijos) y nietos que miran hacia Occidente.

¿Se dirige Moldavia hacia otra “revolución de colores” o estamos presenciando el primer intento de revolución estimulado “electrónicamente” a través de las mayores posibilidades de comunicación que ofrecen los foros de Internet como los blogs y chats? El Presidente Voronin ha acusado a Rumanía de haber estado detrás de las protestas y ha expulsado al embajador de ese país de Moldavia. Al otro extremo, ha habido acusaciones de un complot comunista; según algunos observadores ellos habrían instiga-

CLAVES

- Las protestas tras las elecciones en Moldavia fueron iniciadas, sobre todo, por jóvenes moldavos pro-europeos y no por la oposición, ni la sociedad civil ni fuerzas externas. Los alborotadores prolongaron las protestas que adquirieron rasgos violentos.
- El antiguo espacio soviético es inestable. Tras varias revoluciones “democráticas” entre 2003 y 2005 y la guerra entre Georgia y Rusia del verano de 2008, las poblaciones de los Estados del Este europeo, el Cáucaso y Asia Central siguen agitadas. La crisis económica ocasionará un mayor impacto en la opinión de la población sobre las élites gobernantes.
- La actual crisis en Moldavia es una oportunidad perdida para que Rusia y la Unión Europea trabajen conjuntamente hacia la estabilización del país. La crisis podría empeorar las disputas geopolíticas, entre ellas la existente sobre la república separatista de Transnistria y en otros países de la región.

»»»»» do los disturbios para sofocarlos y fortalecer su control sobre el poder. Ambas acusaciones son probablemente falsas. Ha sido la nueva generación la que ha enviado un mensaje. Los acontecimientos actuales podrían tener consecuencias para Moldavia y otras ex repúblicas soviéticas. ¿Están preparadas la UE y Rusia para afrontar una mayor inestabilidad? Y si lo están, ¿hay señales de acercamiento entre estos dos actores?

LA OLVIDADA MOLDAVIA CONVERTIDA EN EL CENTRO DE ATENCIÓN

Moldavia apenas ha evolucionado hacia un Estado democrático y económicamente viable. La pobreza es generalizada y los líderes del país no han conseguido avanzar hacia una solución para el conflicto separatista interno transnistrio. A pesar de la guerra entre Georgia y Rusia sobre Osetia del Sur y la muy polémica independencia de Kosovo, la atención internacional hacia Moldavia y la cuestión de Transnistria ha disminuido; tanto la UE como Estados Unidos no han pronunciado ni una palabra sobre la cuestión y Moscú lo ve como una oportunidad para promoverse y demostrar que es un país capaz de solucionar conflictos de manera unilateral.

En 2001, el Partido Comunista de Moldavia regresó al poder tras haber sido ilegalizado. Por aquel entonces, muchos moldavos estaban descontentos con los nuevos partidos democráticos que resultaron ser corruptos e ineficaces. Tras su renovado ascenso al poder, el Partido Comunista pasó por una transición. Primero, los comunistas se dirigieron a Rusia, pero debieron enfrentarse a decenas de miles de protestas de ciudadanos preocupados por los nuevos vínculos de Moldavia con Moscú y el cambio desde un legado y perspectiva pro-rumanos hacia leyes cada vez más pro-Rusia. El Partido entonces dio un giro hacia la integración europea y una línea dura sobre la cuestión de Transnistria, que necesitaba ser reintegrada y no intercambiada en un rápido acuerdo con Rusia. Tras dos mandatos de cuatro años, el Presidente Voronin estaba obligado por la Constitución a dejar el cargo. En Moldavia, el parlamento nombra al presidente y, por tanto, las elecciones del domingo pasado guardaban la llave del futu-

ro del país: o se elegía a un nuevo presidente comunista (operando bajo una estructura rusa con Voronin como primer ministro) o un representante de los círculos moderados de la oposición conseguiría el consenso en un nuevo parlamento.

La oposición en Moldavia sigue siendo débil, desorganizada y poco definida (pro-Rusia, pro-Rumanía etc.) Los disturbios y protestas violentos en Chisinau no fueron directamente iniciados por las principales fuerzas de la oposición ni por organizaciones de la sociedad civil, que están unidas pero son todavía pocas. Si bien las acciones no contaban con organizadores “oficiales”, los disturbios no carecían de razones. Más de un cuarto de la población activa de Moldavia había estado trabajando fuera del país y la juventud con más talento también se había ido. El país todavía no ha conseguido aprovecharse de la entrada de Rumanía en la UE en 2007. Los moldavos se han visto muy afectados por la crisis económica, lo que también ha causado una evaporación de las remesas de la mano de obra que ahora regresa a casa sin empleo desde Europa y Rusia. La población lleva años desilusionada con la política; tanto con los comunistas como con las fuerzas de la oposición. Está pendiente saber si los disturbios actuales representan una explosión de ira aislada o si se convertirán en sólidas protestas con demandas de cambio específicas.

En respuesta a las protestas, el Presidente Voronin ha propuesto un recuento de votos, que ha sido aprobado por el Tribunal Constitucional. Sin embargo, dada la cantidad de denuncias de múltiples votos por persona y listas con nombres de personas fallecidas, la oposición y la sociedad civil, que se han despertado, podrían eventualmente oponerse al recuento y demandar nuevas elecciones si los procedimientos siguen siendo borrosos. Los líderes comunistas podrían encontrarse frente a mayores desafíos, sobre todo por parte de jóvenes líderes como el alcalde de Chisinau, Dorin Chirtoaca, un político que podría llegar a persuadir a las viejas generaciones de que el futuro de Moldavia está mejor asegurado en las manos de líderes de la oposición liberal. No obstante, Moldavia todavía no puede presumir de contar con un gran número de jóvenes profesionales con experiencia y ambición políticas.

EL CONTEXTO REGIONAL

Según la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) y otros observadores electorales, las elecciones parlamentarias de Moldavia cumplieron con la mayoría de los estándares internacionales. En otros casos de protesta política tras la celebración de elecciones (Georgia en 2003, Ucrania en 2004 y Kirguistán en 2005), los monitores internacionales habían expresado serias críticas con relación al proceso electoral. En diversas ocasiones, Rusia ha acusado a la OSCE y, más directamente, a la Oficina para las Instituciones Democráticas y los Derechos Humanos (ODIHR) –la agencia de la OSCE responsable por el monitoreo de elecciones y democratización– de desencadenar revoluciones. En

el caso de Moldavia, las organizaciones internacionales que han enviado observadores, incluyendo la UE, el Consejo de Europa y la Comunidad de Estados Independientes (CEI) o han pasado por alto las contradicciones o han sido engañadas por las élites gobernantes moldavas. Si bien ello genera dudas sobre los procesos de monitoreo electoral,

el hecho también exonera a dichas instituciones de haber sido las instigadoras de estas protestas en particular.

Los disturbios y protestas en Moldavia podrían extenderse a otros países de la región que se enfrentan a problemas similares (aunque no idénticos). El vecino Ucrania ha tenido que vivir durante años en un entorno político paralizado y continúa inmerso en una disputa con Rusia sobre el transporte energético. En el Cáucaso, persisten las tensiones entre Rusia y Georgia, mientras que el gobierno georgiano se enfrenta a una oposición descontenta con las credenciales democráticas y la élite gobernante del país. Mientras tanto, las repúblicas centroasiáticas

también están lejos de ser estables. Recientemente, en Kirguistán la población salió a las calles para protestar en contra de las políticas del gobierno. A pesar de que la creencia en un rápido cambio democrático prácticamente ha desaparecido tras las anteriores “revoluciones de colores” y los estallidos de violencia en Armenia el año pasado, la población sigue estando dispuesta a salir a la calle y demandar rectificaciones de elecciones y/o cambios en la dirección de su país.

Varios factores contribuyen a la predisposición de las antiguas repúblicas soviéticas a las protestas públicas y la inestabilidad política:

Todas las antiguas repúblicas soviéticas han fortalecido de forma gradual su independencia, han desarrollado una identidad nacional y han establecido una política exterior. Rusia tiene menos control sobre estos países y las élites locales sólo han conseguido llenar parcialmente el vacío de poder, lo que aumenta las probabilidades de inestabilidad. A pesar de que los líderes de las repúblicas sean conscientes de que los vínculos con Moscú son inevitables e incluso convenientes (con la excepción de Georgia), de su dependencia, en distinto grado, de la energía rusa, y del hecho de que todas alberguen poblaciones de habla rusa dentro de sus fronteras, no quieren que Rusia decida su futuro. Kazajstán se ha convertido en un gigante económico con aspiraciones de liderazgo regional, mientras que uno de los mayores aliados de Moscú, Armenia, también busca una política exterior equilibrada. Actualmente, las repúblicas consiguen contener el acoso ruso sobre las importaciones energéticas desde Asia Central y exportaciones a través del Cáucaso y Europa del Este. Asimismo, ninguno de los países de la CEI siguió los pasos de Moscú cuando Rusia reconoció Abkhazia y Osetia del Sur. Los vecinos de Rusia están más seguros de sí mismos y también lo están sus poblaciones, que reclaman sus derechos y demandan el desarrollo. Una mayor confianza e independencia también conllevan riesgos de inestabilidad si las élites de las repúblicas no consiguen cumplir con las expectativas de sus poblaciones.

En segundo lugar, puede que 15 años de lentos esfuerzos en materia de democratización por parte



La actual crisis en Moldavia es una oportunidad perdida para que Rusia y la UE comiencen de nuevo y trabajen de forma conjunta hacia la estabilidad del país.

4

»»»» de organismos internacionales occidentales, la UE, Estados Unidos y diversas organizaciones de la sociedad civil no hayan tenido mucha influencia sobre las élites gobernantes en países como Azerbaiyán, Tayikistán o incluso Ucrania, pero sí han influido la conciencia democrática de la población y el conocimiento de los funcionarios públicos. La mayoría de los países tienen una sociedad civil crítica, aunque no siempre libre, y los esfuerzos de capacitación de instituciones como las fuerzas armadas y el sistema judicial han dado sus frutos. Quince años de esfuerzos de democratización han ayudado a construir una masa crítica. La población está lista para demandar el cambio cuando surge la oportunidad.

Tercero, la oportunidad de votar por líderes políticos capaces que cuenten con un mensaje claro todavía no se presenta con frecuencia en las antiguas repúblicas soviéticas. La nomenclatura soviética sigue teniendo el control y supervisa detenidamente el negocio político, permitiendo solamente a burócratas u hombres de negocios que comparten perspectivas y están interesados en el estatus quo. Puede que la joven generación que no ha dejado el país para encontrar un futuro en el exterior esté fuera de la política, pero se encuentra en el corazón de la sociedad y es capaz de usar los nuevos medios de comunicación para ejercer influencia, como hemos visto en Moldavia. Esa generación, que se siente excluida por las élites gobernantes, es una fuente de inestabilidad, pero también representa el futuro de esos países.

Y por último, la crisis económica actual crea inestabilidad tanto en los países ricos en recursos energéticos que ven disminuir sus ingresos –Azerbaiyán y Kazajistán– como en los principales países de tránsito energético; Georgia y Ucrania. Las repúblicas con pocos medios económicos –Armenia, Moldavia, Kirguistán y Tayikistán– no cuentan con los fondos estatales necesarios para pagar sus cuentas y seguir invirtiendo, mientras su mano de obra emigrante regresa desde Rusia y Europa, disminuyendo el volumen de remesas. El descontento de la población con la mala gestión podría ser el principal instigador de próximos disturbios en varias ex repúblicas soviéticas. Las dictaduras más duras –Bielorrusia,

Turkmenistán y Uzbekistán– se habían visto hasta ahora menos afectadas por la crisis financiera debido a que sus economías están menos conectadas al sistema global. No obstante, ya están empezando a sentir los efectos de la crisis económica, principalmente debido a su vínculo y dependencia de la economía rusa, que ha sufrido un duro golpe. Mientras que las probabilidades de disturbios son menores en esas repúblicas, el riesgo de violencia es sustancialmente mayor si sus líderes llegan a ser confrontados por la población.

¿ACERCAMIENTO O GEOPOLÍTICA?

La actual crisis en Moldavia es una oportunidad perdida para que Rusia y la UE comiencen de nuevo y trabajen de forma conjunta hacia la estabilidad del país. Desafortunadamente, es probable que la crisis empeore las disputas geopolíticas en las antiguas repúblicas soviéticas. Las declaraciones del Presidente Voronin, culpando a Rumanía por los disturbios, son particularmente preocupantes en este sentido. El hecho de que varios de los alborotadores lleven banderas rumanas ha sido utilizado por los líderes comunistas para acusar a ese país de estar detrás de las protestas, mientras que políticos y medios de comunicación rusos han insinuado un complot occidental. Sin embargo, la línea oficial de Moscú ha sido más cautelosa, expresando su preocupación por los disturbios, que suponen una amenaza a la estabilidad.

La UE y Estados Unidos, de manera vergonzosa, no se han pronunciado sobre la cuestión. El gobierno estadounidense considera los disturbios en Moldavia una cuestión de responsabilidad de la UE, dadas sus relaciones a través de la Política Europea de Vecindad (PEV). Pero Estados Unidos también quiere evitar una confrontación con Rusia. Mientras tanto, la UE sólo ha emitido dos cortos comunicados de preocupación a través del Alto Representante, Javier Solana, y el trío presidencial europeo (Francia, República Checa y España). Bruselas debería actuar con cautela y no elogiar a las autoridades moldavas por cómo han manejado esa pequeña crisis que todavía tiene el potencial de convertirse en mayores protestas. A pesar de la evaluación razonablemente positiva de los

observadores de la OSCE, el Consejo de Europa y la UE, las elecciones en Moldavia fueron claramente fraudulentas. Mientras Bruselas aumenta sus relaciones con Chisinau a través de la Asociación del Este, la UE debería dejar claro que el recuento de votos debería ser monitoreado (por una avergonzada comunidad internacional), que debería llevarse a cabo una reforma urgente del sistema electoral y que es inaceptable culpar a actores externos (Rumanía) de instigar protestas sin tener pruebas fehacientes.

Tanto la UE como Rusia están cansadas de tener otra crisis en su “vecindario”. Moscú y Bruselas han mantenido silencio en la esperanza de que esa “revolución del chat” se desvaneciera. Pero ignorar los sentimientos expresados durante los acontecimientos de la semana pasada únicamente servirá para posponer un choque de intereses entre los poderes y las fuerzas pro-reformistas. Bruselas tendrá que involucrarse

más en Moldavia. Lo ha hecho en 2005 al establecer una Delegación de la Comisión en Chisinau, empezar la misión EUBAM para el control de las fronteras y participar en las con-

versaciones sobre Transnistria. Pero hace falta más; la PEV ha dado pocos resultados y la reintegración de Transnistria parece estar más lejos que nunca.

En primer lugar, la UE debería ayudar a convertir Moldavia en un país sostenible. Ese es un gran desafío económico que necesita ir de la mano de iniciativas en materia de gobernanza. Segundo, la UE debería desempeñar un mayor papel en la búsqueda, junto con Rusia, de una solución aceptable para el estatus de Transnistria. De momento, es poco probable que Tiraspol llegue a un acuerdo con una Moldavia empobrecida e internamente dividida. La atención de la UE está garantizada ya que el liderazgo moldavo ha demostrado ser poco fiable dado que en ocasiones ha insistido en la integración europea, mientras que en otras ha firmado acuerdos con Rusia sobre Transnistria fuera del formato de negociación establecido. El ejemplo más reciente en este sentido ha sido la reunión, celebrada a mediados de marzo,

entre Voronin, Smirnov y Dimitri Medvedev, donde los tres líderes firmaron una declaración que incluía una provisión para una misión de paz de la OSCE tras la resolución de la cuestión de Transnistria. Puesto que dicha resolución podría no llegar a materializarse, las controvertidas tropas rusas podrían quedarse indefinidamente en territorio moldavo.

CONCLUSIONES

Los disturbios de la semana pasada en Chisinau todavía no representan una nueva revolución “democrática”, pero tienen el potencial de convertirse en una de ellas; todo dependerá del proceso de recuento de votos y las respuestas internacionales. El gobierno moldavo debería ser transparente frente a la población y cooperativo en el recuento de votos con el fin de mantener un cierto nivel de confianza. Asimismo, los dirigentes del país necesitan aprovechar la oportunidad y empezar de nuevo, involucrando a la nueva generación que se siente excluida; de todas formas, el gobierno necesitará de “sangre nueva” si quiere seguir en el negocio.

En todo caso, la UE deberá actuar, preferiblemente con un cierto grado de consulta con Moscú, que poco a poco pierde influencia en su “vecindario”. Lo último que necesita Moldavia es una disputa entre Moscú y Bruselas (incluyendo Bucarest) sobre su situación interna y, finalmente, el estatus de Transnistria. Ello podría dejar una puerta abierta para un enfoque concertado entre estos actores; que tomen en serio la situación en Chisinau y dejen de acusarse mutuamente de jugar a la geopolítica o de instar a un cambio de régimen. Ha llegado la hora, esperemos, del acercamiento y la cooperación.

*Jos Boonstra, investigador senior de FRIDE
 Con la colaboración de Balazs Jarabik, investigador asociado de FRIDE, quien recientemente ha regresado de Moldavia.*

**e-mail: fride@fride.org
www.fride.org**

Ha llegado la hora, esperemos, del acercamiento y la cooperación